

SECCIÓN HOMENAJE

- TRES MAESTROS -

Una evocación personal

GABRIEL PANESSO ROBLEDO

GABRIEL GARCIA MORENO

DARÍO VALENCIA RESTREPO

1997 ha sido un año luctuoso para la Facultad de Minas. En particular, para quien tuvo la fortuna y el privilegio de ser discípulo, colega y amigo de Gabriel Panesso y Gabriel García, desaparecidos en el primer semestre de dicho año, son muchos los sentimientos que se precipitan al recordar dos figuras que bien merecen el título de Maestros y que de diversa manera encarnaron lo mejor del pasado y el presente de la Escuela. No se trata de hacer mención minuciosa de sus contribuciones al desarrollo docente e investigativo, que para eso están las necrologías, sino de evocar ciertos rasgos de uno y otro que permanecen firmes en la memoria de quienes nos beneficiamos con sus enseñanzas y su ejemplo.

No es fácil encontrar dos personalidades más disímiles. Gabriel Panesso era pausado, señorial y reflexivo en el trato, los problemas de cualquier tipo eran para él una ocasión para el análisis parsimonioso y completo de las diversas caras del asunto, y la academia el lugar propicio para el ejercicio de la inteligencia de largo alcance. Por el contrario, Gabriel García era apasionado e impetuoso en el enfrentamiento de los temas que llamaban su atención, poseía rápida y brillante inteligencia, y movilizaba un entusiasmo contagioso por el conocimiento y la investigación. En resumen, dos arquetipos del carácter y la inteligencia.

Ha sido secular el interés de la Facultad de Minas por una formación matemática sólida de los estudiantes de ingeniería, y se han destacado profesores que, más allá de su utilidad inmediata para las aplicaciones -aunque

sin descuidarla-, han aprovechado esta disciplina para despertar la capacidad de análisis y la autonomía intelectual. El profesor Panesso escogió este último camino docente, apoyado especialmente en la geometría euclidiana, ese monumental edificio lógico de la cultura griega que constituye uno de los más grandes logros del espíritu humano en todos los tiempos. Son inolvidables las clases que dictaba caminando lentamente en la parte posterior del aula, sin utilizar nunca la tiza, pronunciando breves y oportunas frases que guiaban al estudiante que se encontraba frente al tablero y, lo que era más importante, permitiendo que cada uno de los asistentes fuera descubriendo por sí mismo propiedades y procedimientos sugeridos por aquel discurso de pedagogía sin par. ¡Cuántos estudiantes descubrimos hasta donde podía llegar la propia capacidad de análisis! En ese sentido, Gabriel Panesso encarnó lo mejor de la tradición de la Facultad de Minas.

Para quienes terminamos hace ya largas décadas la carrera de ingeniería civil, era algo traumático el paso de los años básicos a los años de formación profesional en la carrera. El rigor y las herramientas de la matemática, que ya se poseían, parecían tener poca aplicación en las ciencias básicas de la ingeniería y en las asignaturas tecnológicas que se veían en la mitad superior del plan de estudios. Con pocas excepciones, los programas y los textos tenían cierto acento empírico y no se aprovechaban a fondo los modelos matemáticos, en tanto que era nulo el uso de modelos probabilísticos. Casi como un meteoro apareció el profesor García, anunciando sin contemplaciones que sus cursos relacionados con estructuras utilizarían de lleno los instrumentos matemáticos que conocíamos y muchos otros que nos tocaría aprender en sus mismas clases. Fue un aire renovador que hoy es corriente en la enseñanza. En este sentido puede decirse que Gabriel García encarnó lo mejor del presente de la Facultad de Minas.

Ambos docentes dejaron huella perdurable en la modernización curricular. El primero de los nombrados, cuando ocupó la jefatura de la parte superior del plan de estudios de la carrera de ingeniería civil, entendió perfectamente la importancia de superar la rigidez de dicho plan mediante la introducción de las asignaturas electivas que, sin mucho trámite administrativo, abrían espacio académico a cursos antes desconocidos que con el tiempo facilitarían la aparición de nuevas áreas en la Universidad. Y el segundo mencionado aprovecharía esta novedosa posibilidad para inaugurar asignaturas que señalaban otros rumbos profesionales.

Cada uno de ellos, a su manera, dejó lo que en lenguaje académico llamamos escuela, y contribuyó a que la tradición y el presente permitan hoy enfrentar con optimismo el futuro de la Facultad de Minas. Que sus figuras iluminen el camino académico que recorren las nuevas generaciones.

EL DOCTOR TRUJILLO

ELKIN VARGAS PIMIENTO

“Señores, hay un error en el libro, por favor corrijan : no es verde amarilloso, es amarillo verdoso”. Tal el rigor de Gabriel Trujillo Uribe, ingeniero civil y de minas y profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia, cuya vida ejemplar entregó el pasado 3 de junio al Creador.

En nombre de sus alumnos y colegas, profesores e ingenieros, todos ellos sin excepción sus grandes amigos, quiero resaltar especialmente sus extraordinarias dotes de maestro y su abnegada dedicación a la vida universitaria en los claustros de su amada Facultad de Minas, “la Escuela” como él solía llamarla.

En su intenso trasegar de tantos años por las aulas de clase, los laboratorios de análisis y ensayos, el cafetín, donde invariablemente acudía pocillo en mano en busca de su porción de tinto hirviendo de media jornada a mañana y tarde y por los corredores del Museo de Mineralogía, uno de los mejores de su tipo en

Latinoamérica, forjado por él muestra a muestra, durante 40 años, se le conoció e identificó sin lugar a equívocos, con gran respeto y admiración, como el doctor Trujillo, aunque algunos sin perder la reverencia lo llamaban amigablemente “el Capi Trujillo”.

Quienes lo trataron, tuvieron la oportunidad de disfrutar de las excepcionales virtudes de un hombre sencillo y bondadoso, consagrado a su trabajo con pasión sin escatimar tiempo ni esfuerzo en su propósito de motivar y capacitar con sus magistrales conferencias y salidas de campo a los futuros expertos en cristalografía, en esmeraldas, en oro, en mineral de hierro, en batolito antioqueño,...

Se sentía orgulloso, tanto de sus correrías a lomo de mula por la geografía nacional ubicando el cretáceo, la falla romeral, la formación girón y el terciario carbonífero, como de su ejercicio profesional como Ingeniero de Minas en la Sociedad Minera de Tiguí en el Sur de Bolívar, en la mina de Santa Rita en Zaragoza y en la planta metalúrgica nacional. Sus ejecutorias y experiencias las mitificaba y sobredimensionaba durante sus clases y charlas de cafetería, como parte importante de su labor educativa y de motivación, como ejemplo de sacrificio y de amor a la profesión.

Fue postulado a numerosas distinciones, y a mi juicio merecedor de todas ellas, ganó el Premio Nacional de Minería en 1990, fue condecorado por el Gobierno Nacional con la Orden al Mérito Julio Garabito en el grado de Comendador en el año 1994; difundió con dedicación, esmero y sabiduría la mineralogía, la metalurgia extractiva y las técnicas de explotación de minas, publicó obras de gran valor didáctico como *Mineralogía determinativa*, *Mineralogía para ingenieros civiles*, y *Agrupación de cristales*, entre otras muchas.

Su consagración al trabajo, a su familia y al bien común, lo convirtieron en un verdadero ejemplo de comportamiento humano y símbolo de la enseñanza universitaria y de la minería nacional.

Señores, hay una imprecisión en este texto. Corrijan : el que se nos fue no era un doctor, era un maestro.